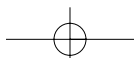
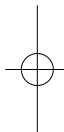
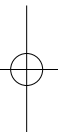




# El libro de Nobac



En esta quinta edición del Premio Minotauro,  
Premio Internacional de Ciencia Ficción y Literatura Fantástica,  
patrocinado por Cafés Marcilla,  
el jurado, compuesto por Fernando Delgado, Juan Eslava Galán,  
Laura Falcó, Pere Matesanz, Clara Tahoces,  
Olga Rubio y Ángela Vallvey,  
acordó conceder el galardón a esta obra,  
en Madrid, febrero de 2008.

FEDERICO FERNÁNDEZ GIORDANO

# El libro de Nobac

minotauro

Primera edición: marzo de 2008

© Federico Fernández Giordano, 2008

© Ediciones Minotauro, S. A., 2008

Avda. Diagonal, 662-664, 6.<sup>a</sup> planta. 08034 Barcelona

[www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)

[www.scyla.com](http://www.scyla.com)

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-450-7692-7

Depósito legal: B. 8.616-2008

Fotocomposición: Anglofort, S. A.

Impresión: Egedsa

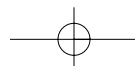
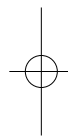
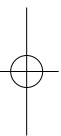
Impreso en España

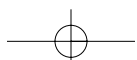
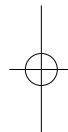
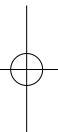
*Printed in Spain*



Disimular querrías, pero eres mío

OVIDIO; *Tristes*; 1, 1, v. 62





Cuando ese día Edgar Pym abrió su buzón todo parecía normal.

Sin embargo, examinando la correspondencia, que se componía en su mayor parte de facturas y ultimátums de los bancos, surgió entre tanta desazón una misiva de muy distinta índole.

El sobre mostraba el sello único de los envíos interurbanos y el remitente firmaba como «Sr. Valdemar», nombre que le era desconocido. En su interior había una especie de invitación. En ella, el tal Valdemar manifestaba un inopinado interés por recibirle personalmente en su casa, sita en el 200 de la avenida Vista Roma, al otro lado de la ciudad, y aludía a un posible contrato de sus servicios como escritor, a los cuales se refería en un tono bastante halagüeño. Este hecho logró desconcertarle, ya que no recordaba una mención halagüeña a su labor literaria desde su época de estudiante. El señor Valdemar le rogaba encarecidamente que acudiese a su domicilio la mañana del sábado siguiente, 29 de mayo, para una entrevista que «de seguro» (así estaba escrito con una caligrafía abierta y volátil)

captaría su «interés profesional», añadiendo que sus servicios serían del todo y satisfactoriamente remunerados.

No obstante, mientras subía las escaleras hacia su piso, Edgar no pensó más en la carta que tan brusca influencia iba a ejercer en su vida. El verano estaba a la vuelta de la esquina y Edgar no llevaba nada bien el calor, de manera que, como cada año por esas fechas, sus pensamientos giraban en torno a una sola idea: escapar de las altas temperaturas; en pocas semanas la ciudad entera parecería un gigantesco horno que lentamente cocinase a sus habitantes, y Edgar se sentía ya como un segundo plato de esa hornada de ciudadanos que pronto serían chamuscados, sofocados hasta la asfixia bajo la impiedad del nuevo estío. Y como cada año, planeó huir sin mediaciones de todo aquello, del embrollo inaguantable de la metrópolis en plena ebullición, y dirigirse a su casa en las montañas, una construcción de dimensiones desmesuradas heredada de su padre cuando era niño, donde el calor apremiante y el desasosiego de la ciudad parecerían lejanos.

Al entrar en su apartamento dejó la correspondencia sobre la mesa de la sala; se sacó la camisa con gesto de hastío, la lanzó de cualquier manera sobre el sofá y fue hasta la nevera para coger una lata de cerveza. Emitió un gemido de alivio cuando el líquido espumoso y frío empapó su garganta reseca. Se acercó a un espejo de cuerpo entero que había frente a la biblioteca y permaneció allí parado unos instantes, con el torso desnudo y sosteniendo la lata de cerveza en una mano, contemplando su imagen. Para su asombro, observó que los pantalones le quedaban más bajos de lo habitual a la altura de los tobillos, y se dijo con ceño que necesitaba recortarles el dobladillo.

Ya más sosegado, se dirigió a su estudio dispuesto a enfrentarse una vez más con la obsesión que lo reconcomía.

Edgar Pym trabajaba como novelista de encargo desde hacía nueve años, y en ese tiempo aún no había firmado ni una sola de sus publicaciones con su auténtico nombre. En cambio, utilizaba seudónimos del tipo «Amelia Gris», o «Elouàrd Courbet», dependiendo del género del libro de marras. Aunque era especialista en policíacos, no faltaban en su haber novelas románticas, e incluso embarazosos encargos de personajes públicos en decadencia a quienes daba por lanzarse a la novelación de sus vidas sin haber escrito más de media docena de frases previamente.

Pese a esto, en su tiempo libre Edgar se dedicaba a una novela propia, pues es cierto que latían en su interior las eléctricas propias de la creación poética, tal vez a raíz de su continuado trato con la farsa de las letras comerciales, e incluso había llegado a hilvanar imaginariamente su destino con el de aquellos hombres atormentados que vivían y morían bajo el signo de las Musas. Escribiría una novela de verdad, de la que podría sentirse orgulloso y cuyo valor lo proyectaría al reconocimiento de su trabajo, y entonces ya no tendría que firmar con aquellos odiosos seudónimos.

Sumido en estas tribulaciones internas había pasado la noche anterior, transcurrida hasta altas horas de la madrugada entre los vaivenes de una trama que se le resistía y unos personajes que no le salían, que al abrir sus bocas no lograban decir otra cosa que tópicos y que continuamente regresaban como movidos por un resorte a los parámetros mecánicos de sus encargos, como si Edgar hubiera perdido por completo la capacidad de sentarse a escribir sin hacer uso de ellos. Tal vez debido a que, cada vez que intentaba salirse de esos parámetros, caía irremediabilmente en un temor que le acalabraba las manos, que paralizaba su mente y lo dejaba clavado a la silla. De niño

ya sufría esos accesos, cuando, durante los ensayos de la banda escolar donde tocaba el clarinete, el profesor solía conminarlo a improvisar y él se quedaba de pronto colapsado, la mente en blanco, los dedos agarrotados sobre el instrumento, incapaz de sacar una sola nota que se despegase de la partitura.

De cualquier manera, ése no parecía el momento más adecuado para seguir escribiendo. Pensando en las cartas del banco sobre su mesa, éstos cada vez más impacientes por verle aparecer para dejar las cuentas claras, lo cual era bastante improbable si no se daba pronto un milagro que lo catapultase de la cloaca económica en la que se hallaba sumido, concibió que hacer una visita al señor Valdemar podría constituir un factor de vital importancia en ese sentido.

Reclinándose en su butaca, cerró los ojos y visualizó la imagen de aquellas montañas donde su casa se erguía firme y majestuosa, como un alce que desafiara a los seres más conspicuos desde lo alto, como un rompeolas que plantase cara al mar tempestuoso, y por unos instantes de abstracción se vio a sí mismo sobrevolando cordilleras y macizos, contemplando a vista de pájaro llanuras y valles serpenteados de ríos, y lentamente la visión de la naturaleza dio paso a la de la gran urbe en que se hallaba atrapado, recorriendo ahora avenidas y azoteas de edificios, hasta llegar al barrio residencial con árboles en flor y fuentes de agua dulce donde el señor Valdemar tenía su hogar, y cayó en la cuenta de que nunca había visitado esa parte de la ciudad.

Antes de dejarse vencer por la modorra, Edgar trató de imaginar aquel decorado apacible e idílico cuyas entrañas, él no lo sabía, acogían su inefable destino.

Un barrio residencial muy agradable, fue su impresión al llegar al 200 de la avenida Vista Roma. El sol caía con fuerza ese día, y la calle, plagada de coches caros y niños que correteaban o jugaban a la pelota un poco más allá, le pareció algo similar a una parrilla.

La noche anterior Edgar había recibido la visita de su agente, con quien a raíz de años de trato profesional mantenía una sólida amistad basada casi exclusivamente en el ocio, de forma que solían quedar para beber y deambular por la ciudad pese al preocupante estancamiento de Edgar como escritor, y ambos se habían embarcado en una alegre e irracional ingesta de alcohol por los bares adyacentes a su casa, olvidándose por completo de su cita. Al despertar en su cama esa mañana, descubrió a una rubia teñida durmiendo a su lado medio envuelta entre las sábanas. En la sala encontró a su agente, que roncaba tumbado en el sofá, y tras beberse medio litro de leche de carrerilla salió de su apartamento a sólo veinte minutos de la hora acordada. Dedicó unos pensamientos a aquella chica que le había respondido con un gruñido inconsciente cuando trató de despertarla, y el conjunto de circunstancias, pese a que sobre él se extendía un cielo luminoso y despejado, le infundió la sensación de moverse a través de una garganta empalagosa.

El taxista detuvo el coche frente a la entrada, custodiada por una verja de metal y un muro revestido de cal. Contemplando esa imagen desde el interior del taxi, Edgar sintió que no tenía otra alternativa, como si el sol alto del mediodía, la expresión sudorosa del taxista, el asfalto perfecto recalentándose lentamente, aquel ambiente sobrio y soporífero en general, lo empujasen de forma inexorable al interior de la casa.

Tras pagar al taxista se apeó y se colocó unas gafas de sol

negras. Permaneció de pie ante la verja contemplando las ventanas y macetas que presentaba la fachada pintada de blanco. Era una casa modesta, del tipo que adquiriría una persona solitaria, pero más que aceptable. La rodeaba un patio de grava y al fondo se distinguía un jardín tupido de vegetación. El garaje estaba abierto y se atisbaba el morro de un coche antiguo. Edgar nunca había perdido el tiempo atendiendo a las marcas de los automóviles; por el contrario, en su mente todas las gamas de diferentes marcas, modelos y categorías se le aparecían como *una*. Su ex novia, estudiante de filosofía, solía hablarle de esos comportamientos atávicos de la mente, esa suerte de pereza que lleva a las personas a asociar lo que de por sí es distinto, a convertir la pluralidad natural del mundo en espejismos humanos de homogeneidad. Y argumentaba, cuando Edgar estaba ocupado con alguna novela de encargo de manera que no podía escucharla, que tal vez fuera esa pereza, esa tendencia a lo concreto y equiparable, lo que hace del mundo un cierto orden, de otro modo sólo un caos perturbador que nos distraería de nuestras necesidades naturales.

Pero ahora los pensamientos de Edgar no se hallaban en absoluto ocupados en tales divagaciones. Por el contrario, le preocupaba la náusea repentina que acudía a su garganta. Se apresuró a refugiarse junto a un árbol (tampoco se había fijado nunca en los nombres de los árboles) y vigiló que nadie anduviera cerca. No tuvo suerte. Una mujer de elegante factura y aspecto desorientado se acercaba caminando hacia él, al parecer buscando un número entre las casas. Esta circunstancia jugó a su favor y Edgar pudo disimular la subida del acre fluido estomacal que ya se precipitaba en su cavidad bucal, movido por esa clase de escrúpulo o pudor que embarga a los hombres ante la vista de una posible pareja reproductora. Ésta se había

detenido frente a la casa del señor Valdemar. Por la expresión de su rostro, que disfrazaba, sin mucha fortuna dada la belleza de sus rasgos, con unas enormes gafas de sol, Edgar adivinó que se hallaba en parecida situación a la suya. La mujer reparó en él con cierta aprensión al verle acercarse a la casa tambaleándose. Cruzaron sus miradas brevemente, y al cabo ella le interpeló, con la voz más gélida que quepa imaginar, por el habitante de aquella casa. La voz le falló a Edgar en ese momento y sólo pudo musitar unas palabras ahogadas. Por su parte, la mujer no debió de comprender, o tal vez la repelió el aspecto somnoliento y resacoso de Edgar, pues lo miró con estupor cuando éste se quitó las gafas de sol para verla con claridad. Aflojándose la corbata, él sacó la carta que traía arrugada en un bolsillo del pantalón y se la mostró con un ademán de suficiencia, lo cual no pareció impresionar a la mujer. Entonces procedió a presentarse y explicarle cuanto el señor Valdemar decía en su misiva. Tras esta breve exposición, ella lo estudió ladeando la cabeza, como si intentara reconocer una figura informe o carente de perspectiva, y, tras un instante de vacilación, concluyó con un protocolario «Encantada».

Se trataba de la conocida periodista Lisa Lynch, redactora de algunas publicaciones de tirada media y colaboradora de distintos periódicos, y si bien esa mañana Edgar no era un manantial de lucidez, debe atribuirse a su caótica memoria el hecho de no reconocerla en ese momento, pues seguramente ambos habrían coincidido en alguna de las veladas que a menudo se celebraban en el ámbito editorial, y a las que desafortunadamente él solía acudir por motivos cada vez menos personales.

De pronto Edgar comprendió la ausencia de casualidad en aquel encuentro, y, pese a que no había comenzado con buen pie su presentación con la periodista, experimentó renovados

ánimos ante la idea de entrar con ella en aquella casa, importándole ya poco el auténtico motivo de su cita. En efecto, la señorita Lynch portaba una carta semejante a la suya, y parecía encontrarse allí tan desubicada como él. A tenor de las circunstancias (incluyendo las de las últimas doce horas), Edgar trató de aligerar la situación con algún comentario mordaz, pero aquella mujer de rasgos nobles y expresión malhumorada, que a él se le hacía tan atractiva, no parecía consagrarse más que a su deber ese día, mostrando una profesionalidad sacramental sólo matizada por alguna media sonrisa fugaz, más por cortesía que por auténtica afabilidad. Seguramente había acudido allí sin mucha convicción, y tal vez ahora abrigaba, al igual que él, ciertas dudas sobre la seriedad de aquel asunto.

Pero ya se hacía incómoda tanta expectación y la periodista se adelantó para llamar al timbre con un gesto presuroso. Una tenue campanilla se entreoyó perdida en el interior de la casa. Edgar volvía a recaer en el atolondramiento producido por las toxinas del whisky y la nicotina. Se sacó la americana, que ya notaba pegajosa, y la dobló sobre el antebrazo. Tuvo la impresión de que llevaban demasiado tiempo allí de pie, y comenzaba a sentir que hervía bajo su camisa transpirada cuando del fondo del patio apareció un hombre mayor. De su aspecto podían deducirse dos cosas: que era un jardinero, o bien que el señor Valdemar era aficionado a la horticultura. Vestía un mono vaquero y guantes de trabajo, la cabeza bajo un sombrero de paja, y portaba en una mano unas grandes tijeras de podar, lo cual le confería un aspecto absurdamente amenazante de esa guisa armado.

El hombre se acercó hasta la verja y afablemente les dio la bienvenida tras dirigirse a ellos como «los invitados del señor». Esperó sujetando la puerta abierta a que Edgar y la señorita

Lynch se adentraran en el patio sin más presentaciones, lo cual remarcaba su condición de sirviente. «Nos esperan», dijo con una expresión risueña.

El jardinero los condujo en silencio por el interior de la casa, que a Edgar le pareció bastante descuidada en el inicio iniciales de su recorrido. La parte que daba al frente, y que habían tratado en vano de adivinar desde el exterior, parecía en completo desuso; las persianas, echadas en su mayoría, permitían una escasa entrada de luz solar, la imprescindible para caminar sin tropezarse, y el inconfundible olor a polvo y encierro se agolpó en su nariz, ofuscándole momentáneamente. No podía ver la cara de la señorita Lynch, que iba delante, taconeando con sus zapatos altos tras el jardinero, pero sin duda ésta percibiría el mismo olor a cerrado que todo lo invadía. Los muebles guardaban la curiosa característica de parecer antiguos y a la vez intactos, como si nadie hubiera gozado de ellos jamás. Esto es algo frecuente en los hogares de la gente mayor, pensó, y cuanto menos puede esperarse que sean piezas de valor singular, o que sus dueños hayan extremado hasta tal punto sus cuidados que su aspecto sea el de sarcófagos o momias, petrificados en un instante de eterna delicadeza.

Atravesaron un pasillo dominado por una lámpara estilo *art déco* en cuyo centro había un armario de estanterías. Al pasar por su lado, llamó la atención de Edgar una estatuilla que descansaba sobre una de sus repisas. De corte oriental, representaba a un león con dos cabezas, y sus ojos parecían cuatro piedras brillantes de rubí. A espaldas de sus acompañantes, se detuvo a observarla y leyó las palabras inscritas en la base:

«Igual que Ra, yo vivo tras la muerte.»

Edgar sintió un repentino mareo, y permaneció unos segundos conmocionado antes de ver que Lisa y el jardinero lo aguardaban al término del pasillo. Al reunirse con ellos, le pareció que la periodista al fin le lanzaba una mirada analítica tras las gafas de sol que aún llevaba puestas.

El jardinero enfiló otro pasillo, más breve, torciendo a la izquierda, hasta llegar a un salón en penumbra que no obstante parecía el lugar más agradable de la casa, y Edgar estuvo seguro de que, quienquiera que fuese su anfitrión, éste debía pasar sus horas en aquel salón, tal vez excluido del resto de habitaciones. Las ventanas allí también tenían las persianas bajadas, a excepción de una que daba al patio trasero, ofreciéndoles la vista de un espléndido rosal en flor. Edgar observó que de las paredes colgaban pinturas antiguas y cetrinas, en su mayoría de un invariable mal gusto decimonónico o toscas copias de las grandes obras del neoclasicismo inglés, tapices pintorescos en tonos ocres y mapas con marcos de metal (más adelante sabría que uno correspondía a la Vía Láctea, y otro a las constelaciones de Orión y Escorpio). Una espada turca, enfundada en una vaina bellamente trabajada, descansaba sobre una chimenea de ladrillo cuya utilidad parecía relegada en aquella estación del año. Sendas secciones de biblioteca franqueaban la chimenea como una guardia silente y olvidada. El suelo estaba cubierto por una mullida moqueta serpenteada de líneas, cosa que intrigó a Edgar, pues era como si alguien hubiera estado paseándose en bicicleta por allí. A la entrada, extrañamente alejado de las ventanas, descansaba un gran escritorio de caoba; su superficie gastada sugería un pasado abnegado, pero ahora sólo exhibía un jarrón con las mismas rosas del patio. Frente a la ventana del fondo había un armario con un viejo gramófono, una campanilla de plata y otros obje-

tos dispares, una mesita atiborrada de periódicos y un par de grandes butacones situados en torno a un anciano cabizbajo que, de espaldas a ellos, parecía sumido en un profundo sueño sentado en una silla de ruedas, lo cual explicaba las marcas en la moqueta.

Tras indicarles el alto y aguardar unos instantes con cierto nerviosismo a la espera quizá de una orden de su amo, el jardinero accionó algún mecanismo en su garganta para emitir un carraspeo indefectiblemente insalubre pero de evidente eficacia, pues el anciano pudo salir así de su ensimismamiento. Como el gas que en un instante de violencia pasa a ser materia, la impasibilidad del señor Valdemar se tornó en una viva y mal contenida atención hacia sus invitados, y con un arranque olímpico de energía dio la vuelta a su silla de ruedas para tenerlos de frente. El jardinero salió de la estancia pasando junto a Edgar y Lisa sin decir palabra, probablemente ansioso por regresar al aromático mundo de los lóbulos y los cólices.

Edgar sorprendió un punto de teatralidad surgiendo de los tres cuando el señor Valdemar estrechó sus manos calurosamente. Éste se presentó y los invitó a tomar asiento en los butacones dispuestos a tal efecto junto a la mesita, que resultaron muy confortables. Haciendo rodar su silla, pasó a agradecerles su puntual asistencia y, sin asomo de dificultad, se deslizó hasta un armario al lado de la biblioteca para abrir una puerta estante que guardaba un nutrido conjunto de licores. La periodista aceptó un vermut gustosa, y a Edgar le pareció que disfrutaba cuando le escuchó rogar por una bebida sin alcohol. Maldijo para sus adentros al enterarse, junto a otros datos que no venían al caso, de que al señor Valdemar no le quedaba café en ese momento. Al saber esto, se planteó seriamente la posibilidad de colocarse otra vez las gafas de sol y

quedarse dormido allí mismo, mientras el anciano dijera lo que tuviera que decir. No obstante, tomó dos aspirinas y unos cuantos vasos de agua durante la exposición que éste les infligió, y que no percibió en su totalidad aquella mañana. Pero es cierto que aún hoy le resultaría difícil englobar toda la trama de una forma verosímil, y sin duda al lector y al hombre más crédulo le costará reparar en el sentido auténtico, el pulso fantasmal que en ella se agitaba de un modo latente ese primer día, como si sus personajes observasen a través de una tosca lente de aumento el discurrir interno de un mecanismo que se les escapaba en lo más esencial de su naturaleza.

Valdemar regresó junto a ellos, deteniendo su silla de ruedas de tal modo que allí conjuraron un excéntrico triángulo. Los movimientos del anciano, aunque mermados por la edad, se veían gobernados por una determinación sin reservas que hacía de él un hombre enérgico y vehemente en sus acciones. Declaró que detestaba, como hombre de buen gusto que sin duda era, toda suerte de preámbulos engorrosos tanto para él como para sus interlocutores, y dirigiéndose a la periodista quiso saber si portaba «el magnetófono que le solicité en mi carta», a lo que ella asintió, y tras revolver el interior farragoso de su bolso extrajo la que sería su herramienta de trabajo. Observando esto, Edgar se sintió incómodo por aquella connivencia que no sospechaba y que le excluía, temiendo que no fuera ése el único hecho que él ignorase. Valdemar se mostró complacido, y sin más dilaciones indicó a Lisa que grabase. Luego calló unos instantes, bajando la mirada y ofreciéndoles un ceño grave y compungido.

Sus palabras sonaron un punto grandilocuentes, aunque precisas, al declararse conocedor de un hecho extraordinario.

—La historia que voy a contarles se presta a las más diver-

sas interpretaciones científicas, artísticas o de cualquier clase –dijo Valdemar–. Eso lo dejo en sus manos. Durante el calvario en que se han convertido mis noches, decidí que mi caso no se perdiera en el olvido, y ustedes, si se avienen a escucharme en los días sucesivos, son mi única esperanza de que así sea. Les haré testigos de mi historia, para que dejen constancia de ella a través de sus respectivos medios profesionales. –Aquí se hubiera dicho que se interrumpía para que Edgar o la periodista intervinieran, pero la expresión del señor Valdemar no daba lugar a trivialidades, de modo que guardaron silencio–. Tal vez yo pudiera tomar el verbo y escribir mi propia historia, pero los hados han querido que no fuera ésa una de mis virtudes, y mi tiempo, ciertamente con más autoridad, hace aún más apremiante el desenlace.

Acto seguido extrajo de su albornoz un sobre que les tendió con mano temblorosa, acaso por la agitación que evidentemente experimentaba, o por algún efecto degenerativo de la edad, no había forma de saberlo. Lisa y Edgar se miraron indecisos un instante y luego fue ella quien tomó el sobre, dirigiendo al anciano una sonrisa a medio camino entre la perplejidad y la simpatía. El sobre contenía dos cheques a su nombre extendidos por sumas de todo punto atractivas, y, al menos para Edgar, de primordial necesidad.

–Ahora –prosiguió Valdemar, viéndoles guardar a cada uno los cheques con pareja y fingida indiferencia–, si ustedes están de acuerdo, voy a mostrarles hasta dónde alcanza el horror de mi historia, y para que no duden un segundo de mis palabras, quiero que vean el objeto que ha traído el infierno a los últimos cuarenta años de mi vida.

De esta guisa se expresó el muy respetable señor Valdemar, que a esas alturas había logrado evaporar toda pizca de dis-

tracción en sus oyentes. Por lo demás, Edgar comenzaba a equiparar la persona de Valdemar a la de un lunático, sin imaginar el prodigio que a continuación advino directamente de la mano de aquel lisiado a sus ojos, aunque es cierto que Edgar no concedería un ápice de credulidad a aquel asunto hasta bien entrada la etapa final de esta historia, tal vez porque el señor Valdemar fue madurándolos lentamente, induciéndolos a dar veracidad a un asunto demasiado demencial para ser aceptado de buenas a primeras, o porque la condición natural de Edgar se basaba hasta entonces en el escepticismo. Hoy por hoy, sin embargo, y tal vez a causa de cuanto acontecería a sus vidas desde ese momento, ninguno de ellos sería capaz de afirmar llanamente la menor certeza sobre la realidad, una realidad que, en el transcurso de las siguientes semanas, verían para siempre trastornada.

Más tarde, cuando Edgar tratase de poner esta historia por escrito, anotaría de forma impulsiva que Valdemar *se levantó*, tan poderoso sería aquel momento al quedar grabado en su memoria, pues sería para él, y para Lisa, el momento en que todo comienza, y en el futuro ese hombre se le aparecería como una grandiosa oscuridad, un fantástico monstruo, sortilegio y superstición encarnados, añadiendo todavía más misterio a sus días, y quién sabe si no a los de la humanidad entera. Edgar Pym, escritor de encargo, aquejado de pesares, no diremos existenciales pues sabía que el hombre es un montón de circunstancias químicas, incomprensibles pero químicas al fin y al cabo, pero que sí podríamos llamar innatos, creía tener suficiente con llegar a comprender un puñado de cosas en esta vida, y no imaginaba los inconcebibles hechos que aún tendría que descubrir, rebasando toda racionalidad.

El viejo desplazó su vehículo de nuevo hacia la biblioteca,

y creyeron que iba a solazarse con los licores del bar, pero a continuación regresó portando sobre el regazo un libro de color gris, grueso y raído, mirándolos con un gesto exacerbado de satisfacción o alegría, como el que adopta un niño al concebir una maldad genial. Una expresión que Edgar relacionaría en sus pesadillas a partir de entonces, porque podía verse a Valdemar sucumbir a ese momento único, volcarse toda su esencia vital en aquellos instantes largamente esperados y en los que súbitamente su tormento se liberaba, con el secreto anhelo, tal vez, de escapar a una condenación que de alguna forma le era irrevocable.

En efecto, si bien Edgar se consumía en una espesa bruma a causa de su lenta y trabajosa metabolización del licor ingerido durante la noche, logró captar no obstante estas emociones, o debería decirse en loor de la verdad que las imaginó, lo cual no variaría un ápice su concepto del señor Valdemar.

Una campana tañó no muy lejos de la casa.

Valdemar hablaba.